



S. LORENZO, M.

sas una religion tan grande y tan segura como es la religion cristiana? Regularmente este pensamiento está muy lejos de los hombres. Dan á Dios gracias porque ha libertado de la enfermedad á un hijo protorvo, que será un manantial de penas para sus padres y una afrenta para el cristianismo. Se le dan gracias por la conservacion de la vida, por la restauracion de la hacienda, por la obtencion de puestos y dignidades en que pelagra la salvacion del alma. Nuestros ojos terrenos apenas saben levantarse del lodo y de la inmundicia que los rodea. Solemos estimar por verdaderos bienes lo que, atendida la corrupcion de nuestras pasiones, es ocasion de nuestra desventura. Levanta, pues, ó cristiano, las atenciones de tu alma, y fijalas en tu Dios. Adora con sumision sus obras maravillosas, principalmente aquellas que están ordenadas á la santificacion de tu espiritu; y entre las ocupaciones de tu vida, sea desde hoy una de las principales, el ser á Dios agradecido por haberte hecho profesar la religion cristiana.

DIA DIEZ.

SAN LORENZO, MÁRTIR.

Si España se gloria de haber dado cuna al ilustre mártir san Lorenzo; si hace Italia gloriosa vanidad de haber sido el teatro de su triunfo, tambien la Francia cuenta entre sus especiales honras la de reconocerle por uno de sus patronos, y entre sus mas estimables tesoros la de poseer una parte de sus preciosas reliquias.

Nació san Lorenzo hácia la mitad del tercer siglo, en Huesca, ciudad de España, en el reino de Aragon.

Su padre se llamó Oroncio y su madre Paciencia; ambos zelosos y fervorosos cristianos, de piedad tan ejemplar y aun de virtud tan eminente, que la iglesia de Huesca celebra solemnemente su fiesta el primer día de mayo, siendo en ella su memoria de singular veneracion. Padres tan virtuosos y tan santos necesariamente habian de dar á su hijo la mas cristiana educacion. Correspondió á ella Lorenzo admirablemente, tanto por la noble belleza de su índole, como por la docilidad de su genio, y por una inclinacion como nativa á todo lo que era virtud. Los rasgos que mas le caracterizaron desde la cuna, fueron la inocencia de costumbres, y un sobresaliente amor á la pureza. Admiróse desde luego en él un corazon á la noble, intrépido y generoso; pero sobre todo, se hacia universalmente distinguir aquel tierno y aquel encendido amor á Jesucristo, que ninguna cosa fué capaz de entibiar ni de disminuir. Animado del zelo de la religion, resolvió desde sus mas tiernos años emprender el viaje á Roma, considerándola como el verdadero centro de ella. Tardaron poco en descubrir el mérito y la elevada virtud de aquel extranjero jóven los fieles de la capital del mundo. Pero el que mas los sondeó y los admiró fué el pontífice san Sixto, que acababa de ser sublimado á la silla de san Pedro; y encantado tanto como asombrado de la inocencia y de los raros talentos que reconoció en nuestro cristiano héroe, le confirió los órdenes sagrados y con ellos la dignidad de arcediano, como lo afirma san Agustín y san Pedro Crisólogo; empleo que le constituía el primero de los diáconos de la iglesia romana. Lejos de engreírle la nueva elevada dignidad, solo sirvió para hacerle mas fervoroso, mas zeloso y mas humilde. Era ministerio propio del arcediano el dar la comunión al pueblo cuando el papa celebraba el divino sacrificio, y tambien estaba á su cargo la cus-

todia del tesoro de la Iglesia; es decir, de los vasos sagrados, de las vestiduras sacerdotales y de los caudales destinados al sustento de los ministros y al socorro de los pobres. Lo primero pedia una santidad sobresaliente en el ministro; y lo segundo una prudencia, una vigilancia superior y un desinterés á toda prueba en el tesoro.

No bien habia comenzado nuestro santo á ejercer con aplauso universal las funciones de uno y otro ministerio, cuando se levantó contra la Iglesia el fuego de la persecucion mas horrible; siendo su empeño nada menos que borrar del mundo hasta la memoria del nombre cristiano, anegándole en la sangre de los fieles.

El emperador Valeriano, que en el concepto de los gentiles estaba reputado por un príncipe humano, apacible y benigno, logró igual reputacion en el de los cristianos á los principios de su imperio. Ninguno de sus predecesores los habia tratado con tanta benignidad; en público y en particular les mostraba siempre el mayor agrado; por lo que dentro de su misma imperial casa se contaba tanto número de siervos de Dios, que mas parecia iglesia que palacio. Pero habiendo sido tan extraordinaria la bondad con que entonces los trató, no fué menos violenta la persecucion con que los afligió en lo sucesivo. Nació esta mudanza de Macriano, que desde el mas bajo abatido nacimiento ascendió á los primeros empleos del imperio haciendo escala para ellos de los mas enormes delitos; y aspirando su ambicion á la misma dignidad imperial, hizo pacto con el demonio, que le prometió el imperio como exterminase del mundo toda la nacion de los cristianos. Apoderado enteramente Macriano de la gracia y del concepto del emperador, le persuadió á que mudase de conducta con ellos; y á sugestion suya en el año de 258 publicó el príncipe

aquel cruel edicto, en que sin remision ni dilacion condenaba á muerte á todos los obispos, presbiteros y diáconos, no dejándoles la opcion que permitia á los demás cristianos de rescatar la vida á costa de su fe.

Dióse principio á la ejecucion por las cabezas; y echando mano del papa san Sixto, fué conducido cargado de hierro y de cadenas á la cárcel Mamertina. Apenas llegó á los oidos de Lorenzo la prision del santo papa, cuando corrió exhalado á la cárcel, resuelto á no separarse de él en los suplicios, como quien suspiraba ansiosamente por la corona del martirio. No tardó mucho tiempo en encontrarle; y apenas le divisó á lo lejos, pero á distancia donde pudiese ser oido, cuando, como dice san Ambrosio, comenzó á clamar de esta manera : *¿Qué es esto, padre santo? ¿cómo vas á ofrecer el sacrificio, sin que te haga compañía tu diácono, el cual nunca se separa de tu lado cuando te llegas al altar? ¿acaso desconfías de mi fe? ¿tienes poca satisfaccion de mi valor? Ea, haz experiencia de él, y ella te acreditará si soy ó no soy digno del sagrado ministerio con que me honró tu bondad. El diácono jamás debe desviarse del lado del pontífice : pues ¿porqué me dejas huérfano y desamparado? Justo es que el hijo haga compañía á su padre, y no es razon que la oveja se aleje de su pastor.*

Enternecido san Sixto al oír los fervorosos afectos de su diácono : *Consuélate, hijo mio*, le respondió, *que presto cumplirá el cielo tus encendidos deseos; para mayor triunfo te reservan sus amorosos destinos. Anda, y sin perder tiempo, distribuye á los pobres los tesoros que se fiaron á tu cuidado, y prevenete para recibir la corona del martirio.* Estas últimas palabras llenaron de gozo y de consuelo el corazon de nuestro santo, que ardia en vivas ansias de derramar su sangre por amor de Jesucristo. No se detuvo ni un solo momento; partió

al punto; entregó á los fieles los ornamentos y vasos sagrados; recogió todo el dinero que estaba destinado para el socorro de los pobres; encaminase á aquellos parajes de Roma donde estaban ocultos los cristianos; recorre todas las cuevas y lugares subterráneos, para repartir entre ellos las limosnas. Y sabiendo que muchos presbiteros y muchos fieles se habian refugiado á la casa de una santa viuda, llamada Ciriaca, en el monte Celio, pasó á ella, entrada ya la noche, lavó los piés á los ministros del altar, y distribuyó entre los pobres la cantidad de dinero. Desde allí se trasladó á la casa de un fervoroso cristiano, por nombre Narciso, donde estaban recogidos muchos pobres; socorriólos, y restituyó la vista á Crescenciano, que muchos años antes la habia perdido. Dirigióse despues á la cueva de Nepociano, donde estaban escondidos sesenta y tres cristianos; hizo lo mismo con ellos que con los otros; socorrió sus necesidades; y habiéndolos exhortado á la paciencia y á la constancia en la fe, acabó de repartir entre los pobres todo el dinero que tenia.

Pasó toda la noche en estos ejercicios de caridad, y al dia siguiente se fué á la puerta de la cárcel, para lograr el consuelo de ver por última vez al santo papa, que estaba sentenciado á ser degollado en aquel mismo dia. Fué sacado el santo anciano para el suplicio, y cuando le llevaban á él, se arrojó á sus piés Lorenzo, y deshaciéndose en lágrimas, le dijo que ya quedaban en buenas manos los tesoros de la Iglesia que le habia encomendado, y que en esa suposicion nada le restaba que hacer sino servirle de ministro en el sacrificio de su vida, que iba á ofrecer al Señor. Procuró san Sixto consolarle, pronosticándole que en menos de tres dias tendria parte en la misma corona, y le añadió : *Atendiendo Dios á la flaqueza de mi edad, solo me exjone á tormentos liperos; pero á tí, hijo mio, te*

reserva una señalada victoria, que hará célebre en el mundo tu martirio.

Y fué así que, como los soldados oyesen hablar de tesoros á Lorenzo, dieron cuenta al emperador, figurándole que aquel jóven diácono era dueño de inmensas y preciosísimas riquezas. No fué menester mas para que Valeriano mandase echar mano de él, estimulado de la codicia de los imaginados tesoros, no menos que de su insaciable sed de sangre de cristianos. Correspondió el gozo de nuestro santo al ardor de sus deseos. Presentóse delante del príncipe, á la verdad con modestia y con respeto; pero al mismo tiempo con cierto despejo y con cierta intrepidez poco acostumbrada. Luego fué examinado sobre su profesion, y respondió con desembarazo que era cristiano y diácono de la iglesia romana. Volvióse á preguntar donde tenia los tesoros que se le habian confiado; á que prontamente satisfizo, diciendo que, como se le diese tiempo, los recogeria y los pondria todos á la vista. Concediósele un dia de término; y convocando todos los pobres que pudo juntar, se puso á la frente de aquella andrajosa muchedumbre, compareció con ella ante el tribunal del emperador, y le dijo con el mayor respeto que, obedeciendo, como debia, sus imperiales órdenes, presentaba á su Majestad imperial las principales riquezas de los cristianos, y los verdaderos depositarios de los tesoros de la Iglesia. No esperaba el príncipe esta arenga; y reputándola por insulto de la Majestad, resolvió escarmentar el temerario arrojado de Lorenzo con los mayores suplicios que pudiese inventar el furor. Dió principio mandando que le despedazasen á azotes como el mas vil de todos los esclavos. Mandó despues que trajesen á su presencia todos los instrumentos que servian para atormentar á los mártires, y haciendo á nuestro santo que los reconociese, le dijo: *Una de dos, ó resuélvete á sacrificar*

inmediatamente á nuestros dioses, ó disponte para padecer tú solo mucho mas de lo que han padecido hasta aquí todos juntos cuantos profesaron tu infame secta. Vuestros dioses, Señor, respondió Lorenzo, ni siquiera merecen aquellos vanos honores que se tributan á los hombres; ¿y vos quereis que yo les rinda adoracion? Hacedme fuerza esos instrumentos de la crueldad á quien no teme los tormentos; y espero en la gracia de mi Salvador Jesucristo, que la misma intrepidez con que los toleraré será la mejor prueba de lo que puede aquel único y verdadero Dios á quien adoro. Quedó cortado el emperador al oír esta animosa respuesta, y perdió toda esperanza de sacar partido alguno del santo diácono. Pero no queriendo darse por vencido, ordenó que le restituyesen á la cárcel, encargando su custodia á Hipólito, uno de los principales oficiales de su guardia; en cuyo ánimo habian hecho ya mucha impresion las palabras y la modestia de Lorenzo, y acabaron de convertirle los milagros que obró en la misma prision; pues no bien se dejó ver en ella cuando todos los confesores de Cristo que la ocupaban se arrojaron á sus piés; y uno de ellos, llamado Lucilo, que muchos años antes habia perdido la vista, la recobró milagrosamente, tomando la mano del santo y aplicándola á sus ojos. Fué Hipólito testigo de esta maravilla; pidió el bautismo; y no fué esta la única conquista de Lorenzo durante su valeroso combate.

Luego que amaneció el dia siguiente, recibió el prefecto de la ciudad una orden del emperador, en que se le mandaba hiciese comparecer á Lorenzo delante de su tribunal, y que no se le perdonase medio alguno para obligarle á ofrecer sacrificio á Júpiter; pero que, si no se rindiese, le quitase la vida con tales y tan extraños tormentos, que jamás se hubiesen practicado en los tribunales. Ejecutóse la orden con la mayor puntualidad; compareció el santo; empleá-

ronse halagos, promesas y amenazas para pervertirle, pero sin otro fruto que proporcionarle ocasion para dar mayores pruebas de su fe y de su constancia. Entonces solo se pensó ya en inventar nuevos tormentos, y en añadir inhumanos primores á la ordinaria crueldad de los suplicios. Tendieronle en el potro, y despues de haberle dislocado los huesos, le despedazaron las carnes con escorpiones; eran unos ramales, que remataban en bolas de plomo, cubiertas de unas mallas de hierro y armadas estas de puntas aceradas y encorvadas en figura de agudos garfios. Pensó el santo espirar en este cruel tormento; pero oyó una voz del cielo, que decia le reservaba Dios para mas gloriosa victoria, conseguida á fuerza de nuevos y dificultosos combates. Asegúrase que esta milagrosa voz fué oida de todos los circunstantes, y que el prefecto de Roma, para desvanecer la impresion que podia hacer en ellos, exclamó: *Mirad, Romanos, como los demonios vienen en socorro de este mago, que no teme á los dioses del cielo ni á los príncipes de la tierra; pero veremos si sus encantos son superiores al rigor de los tormentos.* Quedó Lorenzo maravillosamente confortado y consolado con esta celestial voz; y entonces fué cuando Roman, soldado de la guardia del emperador, vió con los ojos corporales á un ángel, en figura de un bizarro y hermosísimo mancebo, que enjugaba con un lienzo el sudor del rostro y la sangre que corria de las heridas del santo mártir; vision que acabó de convertirle, trasformándose en soldado de Jesucristo, como se dijo en su vida.

Sobrevivió nuestro santo á este cruel tormento, para que el triunfo de la fe se comunicase á otros muchos. Oíasele prorumpir incesantemente en bendiciones y en alabanzas del Señor, siendo el asombro y la admiracion de los mismos paganos el gozo que

brillaba en su semblante. Mandó el prefecto que segunda vez compareciese en su tribunal, y segunda vez le examinó acerca de su patria, de su religion y de su tenor de vida. *Soy español de nacimiento y de origen,* respondió el santo; *pero he pasado en Roma casi toda mi juventud. Desde la cuna tuve la dicha de ser cristiano, y mi educacion fué el estudio de las divinas leyes.* *Calla, insolente,* replicó el prefecto, *¿llamas estudio de divinas leyes el que te enseña á menospreciar los dioses inmortales? Y aun porque yo conozco bien esta ley divina,* prosiguió Lorenzo, *míro con tanto menosprecio la vanidad de los ídolos; porque la razon natural reprueba esa impía y extravagante multitud de dioses.* No se le dió permiso para proseguir; y arrebatado el juez de cólera y de saña, añadió: *Tú pasarás esta noche en un género de tormento, que seguramente te hará mudar de opinion y de lenguaje.* No lo creas, respondió Lorenzo, *tus tormentos son todas mis delicias; y la terrible noche con que me amenazas, espero ha de ser para mí la mas clara y mas alegre de toda mi vida.* No pudo tolerar el tirano aquella generosa intrepidez, y mandó que con grandes piedras le moliesen las quijadas. Llenó el Señor á su siervo de dulcísimos consuelos; y noticioso el emperador de todo lo que pasaba, mandó que le tosasen á fuego lento.

Extendieron luego á Lorenzo en una especie de lecho ó de parrillas de hierro encendido y rojo, como sale de la fragua; debajo de ellas tendieron una cama de rescoldo, que de cuando en cuando iban fomentando con carbones, gobernándolo con tal economía, que el cuerpo se fuese tostado poco á poco, para que fuese mas vivo y mas prolongado el dolor. Estaba Lorenzo en aquella cama de fuego con tanta serenidad, con tanto desembarazo, con tanta alegría y con tan heroica constancia, que asombrados muchos de los

circunstancias, se convirtieron á la fe, y entre ellos on pocas personas de distincion, reconociendo en aquel valor una fuerza muy superior á la humana. Y el poeta Prudencio, que escribió en verso el triunfo de nuestro santo, festifica que los neófitos, esto es, los cristianos recién bautizados, vieron rodeado su semblante de un extraordinario resplandor, y percibieron un suavísimo olor que exhalaba su cuerpo tostado.

En medio de tan cruel y bárbaro suplicio, era tan grande á vista del cielo la tranquilidad del santo mártir, tanto el gozo que sentia su espíritu de padecer por amor de Jesucristo, que, cuando le pareció estar ya bien tostado de un lado, vuelto al prefecto, le dijo sonriéndose, con cierto aire de alegría: *De este lado ya estoy en sazon; puedes mandar, si te parece, que me tuesten del otro; y levantando despus los ojos al cielo, inundada su alma en consuelos celestiales, entregó dulcemente su espíritu en manos del Criador, quedando tan atónitos los asistentes, que no pudieron disimular su admiracion y su pasmo. Consumó su ilustre martirio este gran santo el dia 10 de agosto del año 258. Cogieron secretamente su cuerpo Hipólito y el presbítero Justino, y le enterraron en una gruta del campo Verano, camino de Tivoli, en el mismo paraje donde con el tiempo se erigió en su nombre una célebre iglesia, cuya fundacion se atribuye á Constantino el Grande, y su amplificacion al papa Pelagio II, siendo una de las siete patriarcales, y una de las siete principales estaciones de Roma. Edificóse despues otra en honra del mismo, que consagró el papa san Jamaso.*

Hizose tan célebre su sepulcro, por el gran número de milagros que obró Dios en él para glorificar á san Lorenzo, que exclama san Agustin: *¿Quién jamás pidió cosa alguna delante de su sepulcro que no la haya conseguido.* A *Dona* Leon el Magno es de parecer que

el martirio de san Lorenzo no fué menos glorioso á la iglesia de Roma, que el de san Esteban á la de Jerusalem; añadiendo que desde el oriente del sol hasta su ocaso resuena la gloria de estos dos ilustres levitas. A la verdad, tanta multitud de templos y de otros magníficos monumentos en honor de san Lorenzo, como se encuentran esparcidos por todo el universo, son auténticos testimonios de su elevada gloria; y los innumerables favores que dispensa el cielo en todas partes por su poderosa intercesion, fomentan la general veneracion que todos los fieles profesan á este gran santo.

Consérvanse en Roma, además de la mayor parte de su santo cuerpo, todos los instrumentos con que fué martirizado. Muéstrase una parte de las parrillas en que fué tostado, y una gran piedra de mármol, teñida aun de su preciosa sangre, sobre la cual tendieron el santo cuerpo despues que consumó su martirio. En otras iglesias de Roma se muestra la ceniza y algunos de los carbones que sirvieron para tostarle. Tambien la Francia se gloria enriquecida con parte de sus huesos y con algunos de los instrumentos que concurren á su triunfo, como se ve en el tesoro de San Dionisio y en la iglesia de San Vicente de Mons, en que se manifiestan varios fragmentos de las parrillas. En la iglesia de San Martin de Leon se expone á la pública veneracion parte de su brazo, cubierto aun de la piel tostada; en Puy uno de sus huesos; y en todas partes se experimentan los efectos de lo que san Lorenzo puede con Dios en favor de los que fervorosamente le invocan. Apenas hay santo padre que no haya hecho magníficos elogios de san Lorenzo; y á su martirio, principalmente, atribuye el poeta Prudencio la entera conversion de la ciudad de Roma.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« El monumento mas magnífico en honor de san Lorenzo que se conoce en todo el orbe cristiano, es, sin disputa, el suntuoso templo y monasterio de San Lorenzo el real del Escorial. Erigiólo todo el poder y toda la magnanimidad de Felipe II, en memoria y en reconocimiento de la famosa jornada de San Quintín, que concurrió en el día del santo levita, tan funesta para los Franceses, como gloriosa para los Españoles. ¿Porqué no haria mencion nuestro autor de un tan célebre monumento que tanto contribuye à la gloria accidental de nuestro santo? ¿seria olvido? Bien pudo serlo; pero si acaso fué prudencia, la misma razon que en un autor francés acreditó este silencio de cordura, le culparia de ingratitud en un traductor español. »

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma camino de Tivoli, la fiesta de san Lorenzo, diácono, quien, despues de haber padecido durante la persecucion de Valeriano los diferentes tormentos de la cárcel, de muchas especies de azotes, de agudas puas aceradas, de palos y de plumadas, y de cuchillas candentes, consumó al fin su martirio tostado en una parrilla. Su cuerpo fué enterrado por san Hipólito y el presbítero Justino en el cementerio de Ciriaco en el Campo Verano.

Tambien en Roma, el suplicio de ciento sesenta y cinco soldados, mártires del emperador Aureliano.

En Bérgamo, santa Asteria, virgen y mártir, durante la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano.

En Alejandría, la conmemoracion de los santos mártires,

tires, que, en la persecucion de Valeriano, atormentados con diferentes y acerbos tormentos bajo el presidente Emiliano, adquirieron la corona del martirio, labrada con diferentes géneros de muerte.

En Cartago, santa Basa, santa Paula y santa Agatónica, vírgenes y mártires.

En Roma, san Deusdedit, confesor, quien daba á los pobres el sábado lo que habia ganado en la semana con el trabajo de sus manos.

En Metz, san Auctor, obispo, cuyo cuerpo se venera en Maurmontier.

En Auxerre, san Hugo de Semur, obispo, quien habia sido abad de San German.

En Carcasona, el venerable Guion, cisterciense, abad de los Valles, diócesis de Paris, quien trabajó con infatigable zelo en la conversion de los albigenses.

En Etiopia, los santos mártires Jacobo, Juan y Abraham.

En dicho lugar, san Anteo, confesor.

Allí tambien, san Acrates.

En la isla de Buta, una de las Hebridias en las costas de Escocia, san Blaino, confesor.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue :

Da nobis, quæsumus, omnipotens Deus, vitiorum nostrorum flammam extinguere, qui beato Laurentio tribuisti tormentorum suorum incendia superare. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios todopoderoso, que se apaguen en nosotros las llamas de nuestros vicios; pues concediste al bienaventurado san Lorenzo que venciese el fuego de sus tormentos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 9 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: qui parcé seminat, Hermanos: El que siembra